

*Carlos García Gual*

# La novela histórica de griegos y romanos

El catedrático de Filología Griega en la Universidad Complutense de Madrid y Presidente de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada Carlos García Gual, impartió en la Fundación Juan March, entre el 15 y el 24 de marzo, un ciclo de conferencias titulado «La novela histórica de griegos y romanos». El martes 15 de marzo habló de «Antecedentes y tipología de un género ambiguo»; el jueves 17 de marzo, de «Nostalgia de la Grecia antigua: de Fénelon a Chateaubriand»; el martes 22 de marzo, de «Paganos y cristianos: De *Los mártires* a *Quo vadis?*»; y el jueves 24 de marzo, de «Nuestro siglo: R. Graves, T. Wilder, M. Yourcenar y otros». Se ofrece a continuación un resumen de las conferencias.

Entiendo por novela histórica aquellas ficciones en prosa que pretenden recrear episodios y personajes del mundo antiguo, ya sea insertando en un marco histórico una peripecia aventurera, con figuras desconocidas o marginales de la historia auténtica, o bien aquellas obras que tratan de manera personal y novelesca de alguna gran figura histórica. Es decir, en uno y otro caso, se trata de relatos de ficción que, por un lado, recurren a la evocación histórica y, por otro, se oponen a la historia como escueta narración factual y empírica basada en datos y testimonios puntuales.

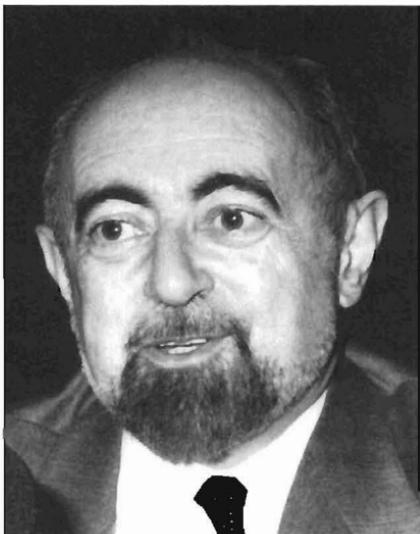
Califico el género de ambiguo porque hay, de un lado, cierta oposición a la historia, pero estos textos, a su vez, requieren un marco histórico preciso, a veces distante, a veces lejano, representado con singular vivacidad. Los relatos que voy a glosar invocan el prestigio histórico como decorado en el que se inserta la historia. Pero la representación del pasado del novelista es muy diferente de la del auténtico historiador; éste, ateniéndose a sus documentos, nos da una imagen del pasado, en blanco y negro. El novelista, por el contrario, nos invita a vivir en ese pasado que recrea con colores vivaces,

juega con la libertad de imaginar testimonios directos y ofrecer perspectivas más íntimas sobre hechos lejanos.

La novela histórica nos propone un viaje en el tiempo y, en especial, hacia épocas interesantes; es decir, no a cualquier pasado, sino a uno en que el destino de sus protagonistas y, en general, sus personajes resultan especialmente afectados por una gran crisis histórica: un tiempo de plenitud (el siglo de Pericles, la época de César o de Adriano), o una época de crisis de valores (comienzos del cristianismo, final del imperio romano, etc.).

La historia de la novela comienza con una novela histórica, que conocemos por el nombre de sus protagonistas, *Quéreas y Calíroe*, de Caritón de Afrodiasias, y es del siglo I de nuestra era. Es una narración romántica con fondo clásico, la única que conocemos de este autor; una novela importante e interesante y que, sin embargo, fue prácticamente desconocida hasta el siglo XVIII; esto ha hecho que haya tenido menos difusión en la historia de la literatura de la Antigüedad. En mi opinión, es ya un ejemplo clásico de la novela romántico-histórica.

Otro tipo de novela es el que podríamos llamar biografía novelesca, del



**Carlos García Gual** (Palma de Mallorca, 1943) es catedrático de Filología Griega en la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es Presidente de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada. Ha publicado numerosos trabajos sobre Lingüística Griega, Literatura, Filosofía y Mitología antiguas. Es autor, entre otras obras, de *Los orígenes de la novela. Primeras novelas europeas, Prometeo: mito y tragedia, Mitos, viajes, héroes e Introducción a la mitología griega*. Ha traducido obras de clásicos griegos (Eurípides, Platón, Apolonio de Rodas, Aristóteles, Pseudo Calístenes, etc.) y asesora en la Biblioteca Clásica de Editorial Gredos.

---

que en la Antigüedad tenemos dos excelentes ejemplos: la *Vida de Apolonio de Tiana*, de Filóstrato, y la *Vida de Alejandro*, del Pseudo Calístenes, ambos del siglo III de nuestra era. Esta última es el único texto que conocemos de un extraño escritor, del que tampoco sabemos nada más, un escritor por un lado ignorante y por otro lado decisivo para lo que ha sido la literatura occidental posterior. De esta biografía de Alejandro vendrán

luego los libros medievales sobre él, en los siglos XII y XIII, que han sido tan importantes para toda la historia de Occidente. A Filóstrato, por el contrario, le conocemos mejor.

Entre estas dos novelas biográficas y la primera de todas ellas, *Quéreas...*, se da un notable contraste. En *Quéreas* (es probable que el nombre original de la novela fuera el de la heroína de la misma, *Calíroo*, aunque luego la tradición fue utilizar el nombre de la pareja) se relatan las peripecias de los amantes peregrinos, con grandes descripciones de amores, peligros y viajes por vastos escenarios. En las *Vidas*, en cambio, en la de Alejandro o en la de Apolonio (un personaje muy conocido del siglo I, una especie de contrafigura de Cristo), se nos presentan las peripecias de un héroe ejemplar y mitificado. Existe también una notable diferencia entre la difusión y la tradición de unos y otros textos. Podemos oponer la enorme fama de la *Vida de Alejandro* en época tardía y en la Edad Media, hasta el siglo XVI, al desconocimiento que se tuvo de la novela de Caritón, cuya desaparición hasta comienzos del siglo XVIII es un hecho a tener en cuenta para la evolución del género.

En el siglo XVIII hay varias obras bastante estimables que cambiaron el horizonte de expectativas de la literatura. La primera de ellas, *Les aventures de Télémaque*, de Fénelon, no es propiamente una novela histórica; es, más bien, en la intención de su autor, una epopeya; incluso por el tema mismo tampoco es una evocación de un contexto histórico, sino mitológico, como ocurre con *El vellocino de oro*, de Robert Graves. La obra de Fénelon es una continuación de la *Odissea*, de Homero, escrita en francés a fines del siglo XVII.

La obra apareció en 1699 y de una manera furtiva, sin que Fénelon autorizase la difusión, e inmediatamente tuvo un gran éxito. Hubo más de veinte ediciones ese mismo año. El *Telémaco* refiere los viajes del hijo de

Ulises; continúa, pues, el canto IV de la *Odisea*, y tiene 24 capítulos. El argumento es bastante complicado. Esta obra resultó muy escandalosa y lo fue, probablemente, porque contiene una gran crítica contra el rey Luis XIV. Uno de los consejos que da Fénelon es que el joven rey debe buscar ante todo la paz, la felicidad de sus súbditos, la obediencia a las leyes, el rechazo al lujo. Pinta, pues, un tipo de gobierno contrario al que practicaba Luis XIV y Fénelon fue, por ello, desterrado; lo que no impidió que el relato influyera mucho en la época. Todos los escritores del siglo XVIII lo leyeron, incluso en España alguno se planteó si era Fénelon más importante que Cervantes. En Inglaterra, Fielding lo parodió pero con admiración.

En el siglo XVIII se pone de moda el viaje a Grecia, un viaje todavía muy arriesgado, muy difícil en una Grecia dominada por los turcos; y además se exponía el viajero, además de a muy varios peligros, a no encontrar allí ninguna persona culta y civilizada. Los griegos de la época eran bárbaros, el país estaba esclavizado y los turcos no tenían ningún interés en hablar de temas antiguos. Por eso, lo mejor, lo más cómodo era inventarse un viaje a la Grecia antigua. Eso es lo que representa, de hecho, la obra del abate J. J. Barthélemy, *Voyage du jeune Anacarsis*. Este *Viaje* es una novela, pero también el relato de un viaje por la Grecia clásica.

El joven Anacarsis es un descendiente del antiguo Anacarsis, al que los griegos consideraron uno de los Siete Sabios, y va a Grecia a educarse y a ver las maravillas del mundo. El viaje está situado a mediados del siglo IV antes de Cristo y concluye tras la batalla de Queronea, cuando los atenienses fueron derrotados por los macedonios de Filipo y concluyó la época de libertad de Grecia. El relato del viaje ocupa muchísimas páginas. Se publicó en 1788 y tenía siete volúmenes en la edición en octavo y entre 2.500 y 3.000 páginas. A pesar del

momento en que se publicó, es decir, muy poco antes de la Revolución francesa, este libro tuvo enorme resonancia y continuas reediciones. El viaje es una especie de enciclopedia de todo el mundo griego; aparecen los grandes hombres y los grandes hechos, pero también se describe el modo de vida cotidiano de los griegos. Pero en la novela hay pocas aventuras: Anacarsis es un observador. Y hoy, como el *Telémaco*, es difícil de leer, pero en su tiempo, influyó en toda Europa, cambiando la idea que tenían sus contemporáneos de Grecia.

Frente a este libro erudito, podemos ocuparnos de otro, que es una obra curiosa, que tuvo muchas ediciones en su época, pero que hoy no es fácil de encontrar. Se titula *Los Viajes de Antenor por Grecia y Asia, con nociones sobre Egipto*, de Lantier, y se publicó en 1797. Lantier imita el *Anacarsis*, pues sabe lo que está de moda, pero lo hace escribiendo un libro muy divertido, con muchos amoríos, con muchas peripecias. Poniendo en él, en definitiva, lo que el sabio Barthélemy no había puesto.

Estos textos pueden ser considerados estrictamente como «precursores» de este subgénero romántico que son las novelas históricas. Creo que resulta interesante considerarlos en esta perspectiva y relacionarlos así, como hitos sucesivos en la configuración de este género o subgénero novelesco. Escritos entre fines del XVIII y comienzos del XIX, me parecen muy representativos de un momento literario especialmente atractivo, no tanto por su valor intrínseco, sino como muestras de una mentalidad y sensibilidad históricas, entre el gusto de los ilustrados neoclásicos y el primer romanticismo. La tercera obra importante de la época es *Los mártires del Cristianismo*, del vizconde François-René de Chateaubriand, y se editó en París en 1809. La vinculación de los dos primeros textos es mucho más evidente que la que ambos puedan tener con el relato novelesco de Chateaubriand,

que inaugura una temática que tendrá larga descendencia en todo el siglo XIX, hasta *Quo Vadis?* y *Ben-Hur* a fines de la centuria.

Pero es a Barthélémy —y no a Chateaubriand— a quien muchos novelistas históricos veían como el iniciador del género de viajes y evocaciones del mundo antiguo. Así, por ejemplo, E. Bulwer-Lytton en el prólogo a *Los últimos días de Pompeya* (1834), que podemos considerar como una novela histórica con todos los elementos típicos de la madurez del género, recuerda en nota el *Viaje de Anacarsis* y olvida el precedente, más próximo en varios aspectos, de *Los mártires*, obra formalmente ambigua por sus tonos épicos.

En la Inglaterra victoriana es un género de moda; algunas novelas fueron escritas por cardenales, como *Fabiola*; otras, por párrocos, y muchas de ellas, por mujeres. Era, pues, un género de éxito y bien considerado, puesto que requería unos conocimientos importantes del mundo antiguo. En Oxford y en Cambridge, no hay que olvidarlo, están muy de moda los estudios del mundo clásico. Todo ayuda, pues, para que sea un género que cuenta tanto con el beneplácito del público general como de las clases más altas. Y no sólo en Inglaterra, en el siglo XIX, encontramos magníficas muestras, sino también en países como Alemania, Polonia o Francia, con los libros de Flaubert, Anatole France o Pierre Louys.

### *Nuestro siglo: Graves, Yourcenar, Wilder y otros*

Tras los fulgurantes éxitos de algunas novelas de finales del siglo XIX, no encontramos títulos tan notables en los primeros lustros de nuestro siglo. Recordemos algunos nombres: *Ben-Hur*, *Mario el epicúreo*, *Cleopatra*, de H. Ridder-Haggard; *Thais*, de A. France; *Afrodita*, de P. Louys; *Quo Vadis?*, de H. Sienckiewicz; o *Juliano el Apóstata*, de Mereshkovski. Esos «best sellers» muestran bien la varie-

dad de una producción novelesca que tenía sus fieles lectores y había logrado situarse a un nivel literario muy alto. La reiteración de ciertos motivos y de ciertos esquemas podía constituir, no obstante, un peligro para esta literatura en su mismo éxito popular. Podía llegarse a crear una novela histórica sobre una fórmula melodramática adornada con decorados espectaculares. En cierto modo, *Quo Vadis?* podría muy bien servirnos de ejemplo. Por otra parte, el conflicto ideológico que animó gran parte de esa producción novelística (el enfrentamiento entre paganos y cristianos) había quedado un tanto agotado, del mismo modo que el esteticismo nostálgico y melancólico que caracteriza a muchos de los mejores estilistas de la época del *fin de siècle*.

La temática de las novelas históricas de nuestro siglo cuenta con precedentes casi siempre. Pero podemos distinguir varios tipos de novela:

1. Novelas mitológicas: *El vellocino de oro*, de R. Graves; *Jasón*, de H. Treece (con el mismo tema); *El toro del mar* y *Teseo rey*, de M. Renault; *Final troyano*, de L. Riding; o *Cassandra*, de C. Wolf.

2. Novelas de amplio horizonte histórico: *Creación*, de Gore Vidal; *Nerópolis*, de Monteilhet o *Aníbal*, de G. Haefs (a pesar del título no es una biografía).

3. Biografías novelescas, como la trilogía sobre Alejandro de M. Renault (*Fuego del cielo*, *El muchacho persa*, *Juegos funerarios*); los dos libros sobre César y el *Pericles*, de R. Warner; *Memorias de Adriano*, de M. Yourcenar; *Agripina*, de P. Grimal; *Yo, Zenobia, reina de Palmira*, de B. Simiot; o *Tiberio*, de Allan Massie. Como un subtipo está la vida de un personaje literario, y de su ambiente, como en *Safo*, de J. Fernau; o *Lesbia mía*, de A. Priante; o *El cantor de salmos* (Simónides), de M. Renault. Y como un derivado de este tipo hay toda una serie de novelas de encargo; *Yo, Aníbal*; *Yo, Trajano*, etc., de receta fácil.

4. Novelas de intriga. A veces policíacas, como las cinco de Lindsey Davis, protagonizadas por Marco Didio Falco, una especie de detective de serie negra, un Philip Marlowe en la Roma de Domiciano, tan pródiga en crímenes misteriosos como el Chicago o la California de nuestro siglo.

En cuanto a la forma de estos relatos encontramos que, frente a la narración impersonal con un autor omnisciente, se prefiere muchas veces la narración en primera persona. El narrador puede coincidir con el protagonista (Adriano en *Memorias*) o bien ser un amigo íntimo (Anaxágoras en *Pericles*, de R. Warner, o el joven muchacho persa de la obra homónima de Renault). Otras veces encontramos un relato formado por cartas, como en *Los idus de marzo*, de Th. Wilder, el ejemplo más conseguido; también en *Los negocios del señor Julio César*, de Brecht. Una combinación de ambos se da en *El divino Augusto*, de Vandenberg, que recurre al truco del diario de los últimos cien días.

Hay, naturalmente, grandes diferencias entre el estilo reflexivo, filosófico, de los apuntes del *Adriano*, de M. Yourcenar, y la narración vivaz, colorista, salpimentada de diálogos y de acción que encontramos en *Yo, Claudio*, de R. Graves. Es cierto que ya en el *Anacarsis* encontramos un relato en primera persona, pero allí el narrador es meramente un portavoz, un espectador y oyente que registra relatos ajenos, y no tiene ninguna personalidad. Ahora el narrador pone de relieve su personalidad y ésta da una visión peculiar y subjetiva de los hechos, como hace el taimado Claudio o el narrador de *Creación*, de G. Vidal. La idea básica en la novela de *Yo, Claudio* se le ocurrió a Graves en 1929, según él mismo relata, tras una lectura de Tácito y Suetonio. Consiste en invertir nuestra opinión de Claudio. El erudito convertido en emperador por un grupo de soldados en el caos surgido a la muerte de Calígula no habría sido el necio imbécil que se supo-

nía, sino un inteligente testigo de un tiempo cruel.

Graves tardó cuatro años en escribir el relato, con un colorido y un dramatismo tremendos. La crueldad, la traición, la lujuria, la hipocresía, el terror dan a la corte augústea retratada con intuición goyesca una inolvidable ferocidad. García Márquez ha citado más de una vez *Los idus de marzo*, de Thornton Wilder, como una de sus lecturas preferidas. Es, desde luego, una magnífica reconstrucción de un ambiente y una atmósfera en torno a la figura de Julio César por los años de su asesinato. En esta novela epistolar, Wilder muestra su habilidad dramática.

No era un erudito, pero sí un humanista en el amplio sentido del término, con una excelente educación clásica y una admirable capacidad de plasmar el carácter dramático, incluso a través de un enfoque tan difícil como es el género epistolar.

*Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar, constituye otra novela de singular calidad literaria a la vez que un texto de notable difusión. La autora meditó largo tiempo sobre el tema (lo imaginó hacia 1925 y se dedicó a él en 1948 decididamente, concluyéndolo en tres años). Con una sólida preparación y documentación, se nos presenta en forma de un largo soliloquio del emperador, que se siente ya próximo a morir. Adriano escribe una larga carta de despedida y reflexión a su sucesor Marco Aurelio. Recapitula su vida, pero la reflexión incide en temas muy esenciales a la condición humana. Y es también una lección política a un heredero estoico. Junto a su faceta íntima está también la del político, amante de la paz, buscador de la estabilidad de un enorme y amenazado imperio. Desde su infancia en Hispania, sus relaciones con Trajano y su esposa, hasta su vida familiar, su amor por el adolescente Antínoo y el destino de un imperio defendido por los ejércitos y las leyes, todo entra en sus reflexiones, densas, fluidas, que van dando el perfil de este gran monarca. □